

Lo que hizo Jesús desde los doce hasta los treinta años de su vida, lo veremos en pocas palabras.

Habiéndose restituido y permaneciendo Jesús en Nazareth con su madre y su padre putativo, ¿en qué se ocupaba durante los años que pasaron desde el duodécimo hasta el trigésimo de su vida? ¿En qué empleó tan largo periodo de tiempo? La historia sagrada se contenta con decirnos que estuvo sometido y fué obediente á María y José: *Et erat subditus illis*. Jesús, pues, hizo en Nazareth una vida privada, oculta, obscura y menospreciable á los ojos del mundo. Pero ¡cómo! ¿No podía, á lo menos cuando salió de la infancia y llegó á la época de la juventud, no podía entrar en la ilustre carrera que debía recorrer más tarde, darse á conocer, anunciar su celestial doctrina, crear discípulos, atraerse las gentes, y comenzar á fundar el nuevo reino que había venido á establecer en la tierra? ¿No podía ya convertir á los pecadores, ahuyentar á los demonios, sanar los enfermos, volver la vista á los ciegos, y resucitar los muertos?...

¡Ah! sí; bien podía hacerlo, pero aquella no era todavía la voluntad de su Padre celestial, y Jesucristo no quería ni tenía más regla de conducta que el cumplir los mandatos de su Padre: *Ego que placita sunt ei, facio semper*. ¡Grande lección para nosotros, amados hermanos míos! La regla de nuestra vida, de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, ¿qué digo? la regla de toda virtud, de toda santidad, de toda perfección, no es ni puede ser otra más que la voluntad de nuestro soberano Señor, la voluntad de Dios: *Et erat subditus illis*.

Así Jesús, en su pobre casa, ayudaba á sus pobres padres en sus faenas y ocupaciones diarias, según sus necesidades y su deseo; y puesto que José era un artesano, puesto que era carpintero, según la opinión más general, ¿quién rehusará el creer que Jesús trabajaba con sus manos en un humilde taller? ¡Oh! maravilloso espectáculo para el cielo y la tierra, el ver á ese divino Niño manejando los instrumentos de un arte mecánico con las mismas manos que crearon el sol y las estrellas del firmamento, el verlo atento á las instrucciones y señales de su augusto guardador, participando del trabajo como un aprendiz, y mojado con el sudor de su rostro el pan de sus modestas comidas! *Et erat subditus illis*. ¡Cómo! ¡El Hijo de Dios se somete y obedece á sus criaturas!... ¿Y cómo puedes mirar tú semejante espectáculo, orgulloso mortal, tú que aborreces tanto la dependencia, la sujeción; tú que no reconoces autoridad divina ni humana, por antigua y augusta que sea, tú que ni siquiera te dignas someterte á los autores de tus días, á los que te han dado el ser y la vida? *Erubescere*,

*superbe cinis*, dice San Bernardo; ruborízate, polvo orgulloso, á la faz de un Dios que únicamente por tu amor, únicamente por tu bien, se ha hecho obediente, á la vista de un Dios que se ha dignado obedecer y someterse á una pobre mujer y á un pobre artesano: *Erubescere, erubescere, superbe cinis*.

## JESÚS EN NAZARETH Y EN EL JORDÁN

*Ecco testem populus dedi eum, auctorem ac proceptorem gentibus.*

Le he dado como testigo de la verdad á los pueblos, como maestro y jefe á las naciones de la tierra.

(ISAÍAS, c. 55, v. 4.)

Del Hijo unigénito del Padre celestial, de Jesucristo, nuestro Redentor, es de quien, por boca del profeta Isaías, dijo el Padre eterno estas divinas palabras. El profeta las escribió 700 años antes del nacimiento del Salvador, y ellas anuncian á la vez, la autoridad divina que Jesús había de ejercer como Hombre-Dios, y la benigna y saludable influencia que había de tener su encarnación en el éxito de la misión que venía á realizar. Autoridad divina, patentísima en los admirables é inauditos prodigios que realizó durante los tres años de su vida evangélica. Las leyes de la naturaleza suspendidas á su arbitrio y según los diversos actos de su voluntad omnipotente; las enfermedades más inveteradas, las más desesperadas, curadas á la sola indicación de su palabra; los muertos resucitados; el mismo resucitado por su propio poder de entre los muertos, y, lo que es aún más admirable, este inmenso poder suyo comunicado, después de su desaparición de la tierra, á centenares de hombres que usaron de poder tan omnimodo, con la misma facilidad que él, y como él obraron los prodigios más sorprendentes, y, según su promesa, más maravillosos aún que los por él mismo realizados.

Influencia benigna y saludable, atestiguada por la admirable revolución que se operó en los espíritus, la extinción del paganismo que había invadido toda la tierra, la abolición de la ley judaica y de las supersticiones que la desfiguraban, la conversión del género humano que, después de tres siglos de combates sangrientos librados contra la verdad, de la cual Jesucristo era á la vez apóstol y testimonio, cae vencido al pie de la cruz y adora y reconoce por su Dios á aquel, á quien el Altísimo desde toda la eternidad, había constituido maestro y jefe de todas las naciones del mundo: *Ecce testem populus dedí eum, dñem ac præceptorem gentibus.*

Desde hoy, y para instrucción nuestra, vamos á ver al Salvador de los hombres comenzar el ejercicio de este ministerio de paz, de misericordia y de omnipotencia que ha venido á realizar sobre la tierra. Y para que cuanto antes disfrutemos de sus divinos ejemplos y de las celestiales instrucciones que salieron de su divina boca, apremiémonos á entrar en el curso de la historia de su vida mortal. Siéntanosle, hermanos míos, en espíritu á Jesús, desde su regreso de Egipto hasta el momento en que se presente en las riberas del Jordán para recibir de Juan el bautizo. *Ave María.*

A su regreso de Egipto, hermanos míos, se retiraron con el niño Jesús á Nazareth, y vivieron allí en la obscuridad y la pobreza. La ley de Moisés ordenaba á los judíos la celebración de la gran fiesta de la Pascua con el sacrificio é inmolación de las víctimas que la misma ley establecía. Pero este sacrificio no podía efectuarse más que en el templo que el Señor se había por sí mismo elegido y santificado, y en toda la tierra no había más que un solo templo, el de Jerusalén, consagrado al verdadero Dios. José y María, como buenos y fervorosos israelitas, no dejaban jamás de cumplir con aquel religioso deber; así nos hacen notar los santos Evangelios, que todos los años iban los santos esposos á Jerusalén á celebrar la Pascua.

En uno de estos viajes fué cuando el divino Niño quiso anticipar la época de su manifestación y comenzar, de manera proporcionada á su edad, el ejercicio de su misión divina. Contaba entonces Jesús doce años é iba acompañado de María y José. Terminada la solemnidad de la Pascua, José y María emprendieron el viaje de regreso á Nazareth, en compañía de los que con ellos habían venido á la fiesta; y aunque jamás perdían de vista aquel precioso Niño, Dios permitió que Jesús se detuviera en Jerusalén, sin que lo advirtieran sus padres. Estos caminaron todo un día, creyendo que Jesús marchaba también confundido entre la multitud de los peregrinos. San

Epifanio nos dice que, en estos viajes, los hombres marchaban en grupos separados de las mujeres; que José creyó que iba en compañía de su madre, y la Virgen creía que iba con José, pues la corta edad del Niño le daba el privilegio de hacer el viaje con el grupo de uno ú otro sexo indistintamente. Cuando, llegada la noche, se reunieron las familias, notaron José y María la falta de su Hijo; fácil es imaginarse cuán grande habrá sido entonces su inquietud y su dolor. Al amanecer retrocedieron, y al día siguiente, el tercero después de su salida de Jerusalén, encontraron al Niño en medio de un gran número de doctores, sentados en una de las galerías que circundaban el templo, en las que acostumbraban reunirse los doctores de la ley para celebrar sus conferencias y responder á las preguntas y dificultades que se les proponía. Allí el divino Infante enseñaba á los doctores de Israel, tanto por su modestia y su dulzura, cuanto por la sabiduría, la sutileza de sus preguntas y la prudencia y precisión de sus respuestas. Todos los asistentes, los maestros mismos de Israel, aquellos hombres tan envanecidos y orgullosos de su ciencia, estaban admirados; preguntábase si era un niño ó un ángel quien hablaba: *Stupebant autem omnes qui eum audiebant super prudentia et responsis ejus.*

María y José, apenas conocidos en Jerusalén y en quienes nadie se fijó, confundidos como estaban entre la muchedumbre, oyeron lo que Jesús había dicho y lo que decían de él. Extrañáronse de verle mostrarse tan pronto á los hombres, éll que hasta entonces no había hecho otra cosa que obedecerles, callar y ocultarse. Disuelta la asamblea, y reunido Jesús con María y José á la salida del templo, creyóse su santa Madre con derecho á lamentarse del misterio con que les había ocultado sus designios, y de los temores é inquietudes que con su ausencia les ocasionara. Hijo mío, le dijo con respetuosa ternura, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¿No ves que hace tres días te buscábamos sumidos en la mayor inquietud y en el más profundo dolor? ¿Y por qué alligeros y biscoarme? le respondió Jesús con bondad. ¿No sabéis vosotros, que tan bien me conocéis, no sabéis que no debo ocuparme sino en lo que interesa á la gloria de mi Padre? *¿Nesciëbetis quia in his, quæ patris mei sunt, oportet me esse?*

¿Qué de reflexiones nos sugiere, hermanos míos, el episodio de la vida de Jesucristo que acabáis de oír, porque todo en ella ha sido dispuesto para nuestra enseñanza y ejemplo! Para no detenernos en un campo tan fértil, no voy á hacer más que indicároslos.

Jesucristo conocía perfectamente la pena que con su ausencia había de ocasionar á María y José; no podía menos de participar de di-

cha pena; pero quiso enseñarnos que, cuando se trata de ejecutar la voluntad de Dios, es preciso no consultar ni escuchar los sentimientos de la naturaleza.

Nada hay en el mundo más querido para María y José que Jesús; ¿nos sorprenderá, pues, que, habiéndole perdido, le buscaran con tanto ahínco y constancia? ¡Ah! Cristianos, ¿procedéis vosotros así cuando habéis perdido á Jesucristo? ¿Le buscáis con el mismo afán? ¿Desplegáis el mismo ardor para encontrarle de nuevo? José y María no han perdido más que su presencia, y vosotros, por el pecado, habéis perdido su amistad y su gracia.

Almas fieles, el Señor os oculta alguna vez su presencia para probar vuestra fe, vuestro amor; pero no dejéis de buscarle; le encontraréis sin duda después de algunos días de aflicciones y de lágrimas. En el templo, en el ejercicio de la oración y de la penitencia, es donde encontraréis de nuevo á Jesucristo.

Se admira la sabiduría de Jesucristo en las preguntas y respuestas que da á los doctores. Pero, ¿cuál es el fruto de esta justa admiración? Jesús se retira á Nazareth, y allí vive desconocido, ignorado, como antes. Admirar la doctrina de Jesucristo cuando se la conoce es muy sencillo é indispensable; pero, generalmente, nos limitamos á admirar sus divinas lecciones, sin ponerlas en práctica. Quizá tanto valdría, ó más aún, ignorarlas, que dejar de practicarlas.

Jesucristo regresa á Nazareth con José y María, y habita en aquella ciudad hasta la edad de treinta años, en los ejercicios de la vida más obscura, la más ignorada, desconocido del mundo, obedeciendo á María y á José. Aquel hijo de Dios, dueño soberano del cielo y de la tierra, se somete á compartir los penosos trabajos de sus padres, para sobrellevar su miseria y subvenir á las necesidades que no desdeñó imponerse al revestirse de nuestra naturaleza.

Llegado el tiempo en que Jesucristo debía manifestarse al mundo por su doctrina y sus milagros, el Espíritu Santo hizo salir del desierto á Juan el Bautista, le condujo á las orillas del Jordán, para predicar á los judíos la penitencia y para anunciarles el Mesías prometido tantos siglos antes. Apenas este hombre extraordinario se presentó en las márgenes del Jordán, cuando los habitantes de Jerusalén, de toda Judea, de todos los países que el Jordán riega, vinieron á él. Los fariseos, los más orgullosos, los saduceos, los más impíos de entre los judíos, cedieron al movimiento general y fueron también á escuchar la palabra de Juan el Bautista. El Santo precursor decía á todas aquellas muchedumbres: Los tiempos predichos por los oráculos de los profetas están cumplidos; el Mesías que esperáis tantos siglos ha,

se halla en medio de vosotros. Se presentará muy pronto; tiene ya la criba en la mano y se dispone á limpiar cuidadosamente su cosecha; reunirá su grano en el granero, es decir, pondrá los justos en el cielo; pero quemará también la paja, esto es, los pecadores, en un fuego que no ha de extinguirse jamás. Encargado yo por su Padre celestial de anunciaros su venida, debo asimismo instrueros de las disposiciones, sin las cuales las gracias que él os trae, lejos de seros útiles, os resultarán fatales. Yo os bautizo, yo, pero sólo en el agua, para recordaros la obligación en que estáis de hacer penitencia é induciros á la práctica de este santo ejercicio. El Mesías os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego de su caridad divina, que derramará en vuestros corazones para purificaros de vuestros pecados. Preparaos á recibir sus gracias, y para ello convertíos, hacéd dignos frutos de penitencia. Todavía es tiempo; pero el hacha de su justicia toca ya la raíz de los malos árboles, y todo árbol que no dé buenos frutos, será cortado y echado al fuego. Yo no le conozco; ni siquiera le he visto jamás. Mas, he aquí la señal que, para reconocerle, me ha dado su Padre celestial, quien me envió para bautizaros en el agua: Aquel sobre cuya persona viédes descender y permanecer el Espíritu Santo, ese será quien bautice en el Espíritu Santo; *Super quena videris Spiritum Sanctum descendentem et manentem, hic est qui baptizat in Spiritu Sancto.*

Y la muchedumbre se prosternaba á sus pies, confesaba sus pecados y recibía el bautismo. Toda la Judea se aprestaba á ver aparecer muy pronto el Mesías. La autoridad, la santidad de la vida de Juan el Bautista, el imperio que ejercía sobre las muchedumbres, el concurso y la veneración de los pueblos hicieron conjeturar si sería él el Salvador prometido. Jerusalén quiso asegurarse de esta conjetura y envió á él legados de sacerdotes y levitas para preguntarle si era él el Mesías. Á esta pregunta, sorprendido é indignado el Bautista, exclamó: «¿Yo el Mesías! No, no lo soy, os lo digo en verdad; yo no soy el Cristo. El Mesías está en medio de nosotros, pero no le conocéis aún; aunque yo he aparecido antes que él, él existe antes que yo, y no soy digno siquiera, prosternado á sus pies, de desligar las correas de sus zapatos. Yo no soy ni Elias, ni un profeta; soy la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor que está ya entre vosotros. Haced penitencia, corregid los desórdenes de vuestra vida. De esta suerte cumpla yo el ministerio que me ha sido confiado y que estaba ya anunciado por vuestros profetas Isaías y Malaquías.»

¡Qué celo por la gloria de Jesucristo, y qué firmeza la de Juan

el Bautista! ¡Cómo condenan estas dos virtudes del Santo precursor nuestra laxitud indolente, nuestros respetos humanos! ¡Qué profunda humildad, si la comparamos con nuestro orgullo! ¡Ah! si él se humilla así, nosotros deberíamos aniquilarnos, porque, ¿en dónde colocarnos, pecadores como somos, si el más santo de los hijos de los hombres no merece siquiera estar á los pies de Jesucristo ni desligar las ataduras de su calzado? ¡Ah! practiquemos sin demora los consejos que nos da. Convirtámonos, hagamos dignos frutos de penitencia, preparemos los caminos del Señor, allanemos las sendas por donde ha de entrar en nuestros corazones: *Fácite ergo fructus dignos penitentiae. Parate viam Domini, rectas fácite semitas ejus.*

Mientras Juan bautizaba en el Jordán, Jesucristo acudió allí, se confundió con los pecadores, y pidió el bautismo. Había ya Jesús en su encarnación tomado la carne del pecador; había tomado en la circuncisión su semejanza y su pena, como la tomara también en las obras de penitencia que después practicó, y para identificarse en cierta manera más aún con los pecadores, quiso ser bautizado con ellos. Quiso, además, autorizar la predicación y el bautismo de San Juan, santificar las aguas del Jordán y darles la fecundidad espiritual que habían de tener en lo sucesivo, en el bautismo de los cristianos, á fin de que, habiendo adquirido por el contacto con su cuerpo divino exento de pecado, una pureza que no tenían por sí mismas, pudiesen después borrar los pecados de los demás hombres. Quiso, en una palabra, dar á conocer que venía á tomar sobre sí los pecados de los hombres y á expiarlos, dándonos con esto un nuevo ejemplo de humildad, puesto que él, el Santo de los Santos, iba á hacerse pasar por pecador como la multitud del pueblo que recibía el bautismo.

El Bautista reconoció al Salvador antes que el Espíritu Santo descendiera sobre éste en figura de paloma, lo cual demuestra que esta señal no se le había dado para que él reconociera al Mesías prometido, sino para autorizar ante el pueblo el testimonio que daba de Jesucristo.

Difícil era que un alma tan santa como la de Juan no le reconociera desde el primer momento. El, que estando aún encerrado en el claustro materno, había sentido la presencia de su bien amado, ¿podía desconocerle al verle por sus propios ojos?

El Bautista, embargado por la veneración y el respeto, se oponía á bautizar á aquel que sabía era su Salvador y su Dios, el que venía á borrar los pecados del mundo. Corrió, pues, á él y le dijo: «¿Qué hacéis, Señor? mi bautismo no lo necesitáis vos; y aun en el caso de

que quisierais recibirlo, ¿de ser yo quien os lo administre? El siervo es quien debe ser bautizado por el Señor, y sois Vos quien venis á mí; indudablemente habéis querido probarme, y no pretenderéis que yo os obedezca en esto.»

Lo quiero, respondió Jesús; déjame hacer lo que hago, y haz por tu parte lo que te ordeno. Es preciso que se cumpla toda justicia; es necesario que yo dé al mundo este ejemplo de humildad y penitencia. San Juan obedeció y le bautizó, porque los Santos no siguen sus propias inclinaciones, más que cuando no les es conocida la voluntad divina; pero, en cuanto la conocen, se someten completamente á ella y no piensan más que en ejecutarla, sin pretender conocer los motivos que Dios tiene para obrar de aquella manera, y respetando profundamente sus inexcrutables designios. Limitóse, pues, el Santo precursor á dar á conocer á Jesús á la inmensa muchedumbre que le rodeaba. Ved aquí, les dijo, ved aquí á vuestro Salvador; he aquí el Hijo de Dios de quien tantas veces os he hablado. Este, á quien acabo de bautizar, es aquel de quien os decía todos los días: No comenzará á predicar sino después de mí; pero él es mucho antes que yo; está encargado de un ministerio infinitamente superior al mío, al que yo ejerzo entre vosotros. Esta distinción entre él y yo le era debida, porque yo no soy más que el siervo creado en el tiempo, y él es el Hijo único, coeterno con Dios, su padre.

Hablaba todavía Juan cuando Jesús abandonó las orillas del río, y atravesando por entre la multitud, fué á orar en un lugar algo apartado. Apenas se encontró solo y entregado á la oración, se vió abrirse el cielo y descender de él una paloma que, revoloteando, fué á detenerse sobre la cabeza de Jesús. Era el Espíritu Santo, el cual, bajo esta forma visible de su invisible existencia en el alma de Jesús, le daba un testimonio auténtico del amor del Padre hacia su Hijo. Ante este testimonio demostrativo, ya anunciado por el Bautista, éste, mostrando al pueblo á Jesús, exclamó: Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí al que quita los pecados del mundo. El Padre Eterno confirmó este testimonio por medio de una voz que salió de las nubes y dijo estas palabras: Este es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias: *Et vox de caelo facta est: tu es filius meus dilectus, in te complacui mihi.*

El Santo de los Santos se humilla, se confunde con los pecadores, descendiendo hasta aplicarse, sin que de ello tenga la menor necesidad, los remedios instituidos para la expiación del pecado; sufre la confusión que el pecado ocasiona, y llama á este acto de humildad tan profunda el cumplimiento de toda justicia. Nosotros, en cambio, preva-

ricadores ingratos; nosotros que tanto tenemos que expiar y tanto que temer de los rigores de la justicia divina, nosotros tratamos de eludir los saludables preceptos de una ley de misericordia y de amor, eximiéndonos de aquellos actos, de aquellas prácticas, que creemos afectan á nuestra vanidad, á nuestro amor propio. ¡Ah! ¡Qué lejos estamos de acercarnos al divino modelo, el cual no se hizo semejante á nosotros más que para llamarnos á sí!

El Salvador, después de honrar la humildad de su precursor, poniéndose á sus pies para recibir su bautismo, vió que el cielo se abría para recompensar su abnegación con los prodigios más estupendos y con los más gloriosos testimonios. Jesucristo es el objeto eterno de las complacencias de su Padre; pero su Padre, dándole este testimonio de su amor en el momento en que su humildad le confunde con los pecadores, nos enseña la virtud, por medio de la cual podemos también nosotros en alguna manera hacernos objeto de sus complacencias, ya que Jesucristo, hermanos míos, se complace en los humildes, derramando sobre éstos sus gracias, para concederles después el premio eterno en la gloria.—*Amén.*

## EL BAUTISMO DE JESUCRISTO

*Voz Domini super aquas, Deus majestatis intonsit, Dominus super aquas multas; voz Domini in virtute; voz Domini in magnificentia.*

Voz del Señor sobre las aguas, tronó el Dios de la majestad, el Señor sobre muchas aguas, voz del Señor con poder, voz del Señor con magnificencia.

(PSAL. 28, v. 3 y 4.)

Estas sublimes y poéticas palabras con que el real profeta anunció las maravillas y los prodigios que la voz del Señor había de obrar sobre las aguas al tiempo de la redención, se cumplieron literalmen-

te, dice San Pedro Crisólogo, en el misterio del bautismo, que Jesucristo recibió en el Jordán por mano de su Precursor, porque entonces fué cuando el Señor dió á las aguas, con su presencia, una virtud divina, é instituyó el primero de los sacramentos. Entonces fué cuando el eterno Padre ofreció el espectáculo magnífico del cielo abierto y resplandeciente, y del Espíritu Santo, que en forma de paloma vino á fijarse sobre la cabeza adorable de Jesucristo. Entonces fué, finalmente, cuando este humilde Hijo del hombre fué proclamado por el mismo eterno Padre, en tono de majestad y de grandeza, como verdadero Hijo de Dios y salvador del mundo, con estas palabras: «Este es mi Hijo amado, objeto de mis eternas delicias y de mis más tiernas complacencias.»

Esta es, pues, la voz de que ha hablado David, voz pronunciada sobre las aguas, no de un solo río, sino de todo el mundo; voz de virtud, de magnificencia y de gloria, que, después de haber tronado majestuosamente sobre las riberas del Jordán, retumbará en el universo hasta el fin de los siglos.

Elevemos, pues, hoy, hermanos míos, nuestros entendimientos y corazones á la consideración del gran misterio de nuestra fe. Veamos los grandes milagros que en él se obran en el orden de la naturaleza y de la gracia; veamos la misión que en él desempeña Jesucristo, la gloria con que se manifiesta y las verdades que nos revela. *Ave María.*

El bautismo ó lavatorio que en la orilla del Jordán administraba á los pueblos el Bautista, no era un sacramento, sino que, según la opinión de los padres y de los intérpretes, era sólo un signo, una confesión pública que hacían los que le recibían, de que eran pecadores; y por eso se dice que en él confesaban sus pecados. Era una protestación y una promesa de hacer penitencia, era una plegaria solemne á Dios, á fin de que con su misericordia limpiase sus almas del pecado, como el agua del Jordán purificaba sus cuerpos; era, en fin, un signo exterior de la contrición de sus corazones, la cual, si era perfecta, borraba todas sus culpas.

Si esto es así, ¿para qué fué Jesucristo á la orilla del Jordán para ser bautizado por San Juan? ¿Qué necesidad, dice San Ambrosio, tenía de someterse á esta ceremonia de los pecadores aquel que ni aun siquiera tuvo la sombra del pecado? Retiraos, Señor; que no está bien que se confunda el señor con los siervos, la santidad con el pecado, el Hijo de la inmaculada María con una raza de víboras, ni el inocente y puro Hijo de Dios con los inmundos y culpables hijos de

los hombres. No, no es para vos este lavatorio, que, sin añadirnos nada á los ojos del cielo, os puede degradar á los ojos de la tierra.

¶ Pero ¿qué es lo que dices? me interrumpe el mismo San Ambrosio. Escucha, escucha ¡oh cristiano! el gran misterio. Jesucristo se presenta al bautismo, no para ser santificado por las aguas, sino para santificarlas, para purificar con su contacto las aguas con que fué bañado. Porque, siendo santo, puro é inocente; siendo la misma inocencia, la misma santidad y la misma pureza, no sólo como Hijo de Dios, sino también como hijo del hombre, de quien había tomado la naturaleza sin la culpa, esta purificación de penitencia no la hizo por sí mismo, que ninguna necesidad tenía de ella, sino que la hizo por nosotros, para purificar en su carne la nuestra, que había tomado de nuestra naturaleza. Y San Agustín dice igualmente: «Entiende, cristiano, que el Hijo de Dios fué bautizado por ti, de la misma manera que por ti fué muerto.»

¶ Permaneced, pues, Señor, confuso entre la turba de los pecadores, como si fueseis uno de ellos y el peor de todos. Recibid este bautismo de penitencia de manos de vuestro Precursor. Esta ceremonia, cuanto es humillante para vos, tanto es preciosa para nosotros. Si no consentís en lavar con las aguas vuestro purísimo cuerpo, nuestras almas inmundas no pueden ser purificadas por la gracia.

¶ Para entender todavía mejor este misterio y conocer la misión que en él desempeña Jesucristo, recordemos que, según la doctrina de San Pablo, este Hijo de Dios, al hacerse hombre, tomó sobre sí todo el hombre viejo, al cual pertenecíamos todos nosotros, es decir, toda la humanidad, que por lo mismo fué clavada en la cruz con Jesucristo. Nada, pues, era más justo, concluye de aquí el doctor San Máximo, que el hecho, de que el Salvador, supuesto que había tomado todo el hombre, y se había colocado en su lugar, adquiriese todas las condiciones, pasase por todos los estados, sostuviere todas las miserias y sufriese todas las humillaciones de la humanidad.

¶ Ahora bien, la humanidad era pecadora, y no podía presentarse á Dios sino como penitente y eriminal. Por esta razón Jesucristo, que había tomado esta humanidad pecadora, vistiéndose de una carne semejante á la carne del pecado, debía presentarse también al Padre en cualidad de reo y de penitente. Y esto es precisamente lo que hace en este día, sometiéndose con la mayor humildad al bautismo de la penitencia. Es decir, que por este bautismo el Hijo de Dios, la santidad por esencia, se reconoce públicamente, se confiesa y se acusa, en cierto modo, como pecador y como hombre de pecado, y al mismo tiempo contrae el empeño solemne de hacer penitencia por el

pecado, y de expiarlo con la pasión y con la muerte de cruz. Al consentir, pues, que el Bautista ponga sobre su cuerpo sus manos puras y reverentes para lavarlo con el agua, consiente desde entonces que los judíos y los soldados pongan en su mismo cuerpo divino sus manos sacrílegas y crueles, para atravesarlo y traspasarlo con la lanza, con los clavos, con los azotes y con las espinas. Al consentir que el agua del Jordán lave su carne inmaculada, consiente que esta misma carne se vea lavada un día con su sangre misma. Y con el bautismo de agua que recibe hoy, se obliga á recibir aquel bautismo de sangre con que debían ser borrados todos nuestros pecados, y del cual dijo él mismo: «Otro bautismo me espera, y ¡cuánto es lo que padezco porque no llega todavía el momento en que debo sufrirlo!» Así pues, desde este momento, como dice A. Lapide, en la amargura de su corazón santísimo, con una contrición infinita, con un dolor perfecto, se duele de estos nuestros pecados, los detesta, los abomina, y llora sobre ellos; procura ser lavado y limpio de ellos, como si fuese verdaderamente culpable; siendo así que sola su caridad infinita le había hecho tomarlos y expiarlos como suyos.

¶ Por consiguiente, en esta solemne circunstancia, así como se dobló de nuestros pecados por la contrición sincera y perfecta que debíamos tener nosotros, pero que no tendremos jamás; y así como procuró que todos nosotros, que estábamos representados en él, fuésemos lavados en él, de la misma manera tomó para sí toda la humillación y toda la afrenta de comparecer ante el cielo y la tierra pecador como el pecado mismo, y nos transfirió todo el mérito infinito de esta confesión, de esta acusación, de este dolor, de esta purificación y de esta penitencia; y nos proporcionó el ornato divino de su infinita justicia, de su santidad y de su pureza infinita.

¶ Por esta razón, con la ablución de su purísimo cuerpo en el Jordán, lavó Jesucristo, como canta la Iglesia, las manchas de nuestras almas. San Ambrosio se explica en estos términos: «Al descender el Señor á las aguas, sumergió en ellas y borró desde entonces todas las culpas de aquellos que debían creer en él; porque era indispensable que borrarse los pecados de todos, aquel que había cargado con los pecados de todos. Entonces, pues, se cumplieron las palabras pronunciadas por San Juan y consignadas en el Evangelio:—Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.—¡Oh gran portento! ¡Oh maravilloso misterio! Uno solo se ha sumergido hoy en las aguas, y en este solo se ha efectuado la salvación de todos.»

¶ En vano el Bautista, sorprendido, admirado, confuso y como fuera de sí, al ver este acto de infinita humildad con que el Hijo santi-

simo de Dios pide el bautismo al hombre pecador, exclama: «No sucederá que yo os bautice; yo, miserable, que debo ser bautizado y santificado por vos.» «Tranquilízate, le responde el Señor; es necesario que tú hagas ahora lo que te digo. Conviene que de este modo cumplamos los dos toda la justicia.» Que fué como si le hubiese dicho: Tú también recibirás de mí, mi bautismo espiritual, que será para ti la señal del bautismo de sangre que, como mi Precursor, obtendrás por la santidad de mi ley, por la gloria de mi nombre. Mas por ahora es necesario que yo reciba de tí tu bautismo de penitencia, como representante y víctima de la humanidad pecadora: *Sine modo*. Como siervo mío, debes obedecerme, bautizando á tu mismo Señor; y yo debo humillarme, como Redentor, á esta degradante ceremonia de recibir el bautismo de mi mismo siervo. Debemos llevar hasta este punto tí, tu dependencia; y yo mi condescendencia. De este modo cumpliremos los dos nuestra misión, practicaremos toda la justicia y todas las virtudes, supuesto que la virtud consiste en cumplir la misión que cada uno ha recibido de Dios; y de la obediencia de quien sirve y de la humanidad de quien manda, nacen el orden y la justicia.

¡Oh espectáculo, oh prodigio de humildad por parte de Jesucristo! Postrado él á los pies de Juan, el Señor á los pies del siervo, el candillo á los pies del soldado, el juez á los pies del heraldo, el Mesías á los pies del Precursor, el Criador á los pies de la criatura, el Hijo de Dios á los pies del hijo del hombre; con las manos cruzadas sobre el pecho, con la cabeza inclinada, con la frente humillada, con los ojos bajos, con la confusión en el rostro, con la plegaria en los labios, con el dolor en el corazón, en actitud de reo y de pecador, recibe de manos de Juan la ablución de la expiación y de la penitencia.

Mas ¡oh admirable sabiduría de los misterios de nuestro Salvador! Cuanto más él se oculta y se esconde, tanto más se descubre y se manifiesta; cuanto más se humilla, tanto más grande aparece; mientras desciende á la condición del último de los hijos de los hombres, una gloria especial, una magnificencia exclusivamente suya lo circunda y lo anuncia por verdadero Hijo de Dios. De este modo se manifestó al nacer, de este modo se mostró al morir, y de este mismo modo aparece también hoy al ser bautizado. En efecto, apenas recibió en su cuerpo el agua figurativa y profética, apenas su acostumbrada plegaria omnipotente fué articulada por sus labios, y mucho más por su corazón, cuando se vió el estupendo prodigio de abrirse el cielo, es decir, formarse en la región superior del aire una

apertura profunda, llena de inmensa luz, y un torrente de resplandor que descendía sobre la cabeza del Salvador, como para indicar, dice el intérprete, que este gran prodigio, visible á todos, sucedía, no en virtud del bautismo de Juan, sino por el mérito de la humildad, por la eficacia de la oración y por la gloria de la persona de Jesucristo, y que su dignidad era mucho mayor que la de Juan. Y San Máximo añade, que alrededor de esta abertura del cielo se agruparon en gran número las virtudes celestiales, como para admirar la profunda humildad de su Señor y adorar al Hijo de Dios bautizado por el hombre; porque está escrito que los ángeles desean siempre ver el rostro santísimo de Jesucristo y mirarse en él.

Al mismo tiempo y de la misma luminosa abertura del cielo se oyó una voz inteligible á todos, pero de una persona invisible; una voz sonora, majestuosa, solemne y divina, que dijo: «Este que veis en la actitud humilde de hombre y de pecador, es mi Hijo, objeto de mis eternas complacencias;» y que, dirigiéndose al mismo Jesucristo, repitió: «Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias;» que fué lo mismo que decir: Como tú eres el esplendor de mi gloria é imagen de mi substancia, me agradas singularmente en todo; á tí sólo te amo con todo mi amor; en tí reposo, me recreo y me complazco. Los hombres me agradarán también, y yo los amaré, pero sólo en cuanto sean discípulos tuyos, y en cuanto, amados por tí y colmados de tu gracia, formen contigo un solo cuerpo, un solo hijo; y por consiguiente, amándolos, los amaré en tí, y á tí en ellos.

Además, de la misma parte del cielo abierto, de la misma gloria de donde salió esta voz misteriosa, se vió al Espíritu Santo descender sobre Jesucristo en forma de una blanca paloma, y pararse sobre su divina cabeza; de donde apareció claramente, dicen los intérpretes, que el testimonio de la voz divina no se dirigía á Juan, sino á Jesucristo.

Mas esta paloma que se paró sobre su cabeza, indicaba también, de una manera visible, el misterio que de un modo invisible se había cumplido, en el instante en que el Verbo eterno tomó carne en el seno purísimo de María, es decir, cuando el Espíritu Santo reposó en la santa humanidad de Jesucristo, que él mismo había formado; y, según afirma San Pablo, citando á David (*Hebr., I*), la llenó de la unión celestial de todas las gracias espirituales y divinas. Esta misma unión, obrada ya secretamente en Jesucristo, la hace hoy clara y manifiesta el Espíritu Santo. Por ella el Verbo humanado recibió de una manera pública y solemne la investidura de la redención del

mundo, y comenzó su vida pública, su acción reparadora y el ejercicio de las altas funciones del Salvador, cuyos títulos auténticos y cuyo carácter divino ha recibido solemnemente del cielo.

Jesucristo, pues, nacido ya en el mundo según la carne, renace hoy de un modo inefable según el espíritu en el alma y en el corazón de los hombres, que desde este momento aprenden á conocerlo y á amarlo. Por consiguiente, el bautismo que recibe es, para él, como dice San Agustín, un nacimiento nuevo. Porque el mismo Espíritu Santo, que le asistió cuando tomó carne en el seno de María, hoy, que se lava en el río, lo circunda con su resplandor y santifica el agua que lo lava, de la misma manera que había hecho tan pura la Madre que lo concibió. El mismo eterno Padre, que entonces lo cubrió con su virtud como con una nube, exclama hoy y se anuncia con su propia voz, y el que entonces cubrió como con una sombra misteriosa su nacimiento, hoy da público testimonio de la verdad.

Este segundo nacimiento misterioso del Verbo de Dios encarnado es más glorioso sin duda que el primero. En aquel primer nacimiento salió á luz Jesucristo sin testigos, pero en este segundo es indicado por la confesión pública de la misma divinidad. Entonces José, que era creído su verdadero padre, quiso ocultarse y esconderse, y hoy el Padre eterno, que ninguno cree que es su verdadero padre, se manifiesta con toda claridad. ¡Oh gloria de nuestro Señor! exclama en este lugar San Pedro Crisólogo; Jesucristo mismo ha dicho: «Ninguno conoce al Hijo sino el Padre, ninguno conoce al Padre sino el Hijo.» Por consiguiente, antes que este Hijo unigénito haga conocer al mundo su divino Padre, ved aquí que el Padre mismo, con el cielo que abre sobre su cabeza, con el Espíritu celestial que le envía, con la luz que lo circunda, con la voz que lo proclama, lo da á conocer al mundo por su único, verdadero y consubstancial Hijo, de la manera más cierta, más sensible, más espléndida y más majestuosa; y declara verdadero Dios á este Hijo humillado en la tierra, á fin de que los hombres lo crean cuando él hable de las grandezas del Dios Padre, que reina en los cielos. Todo esto debía suceder así, porque la divinidad, conocida sólo por sí misma, no puede ser conocida si no se manifiesta, si no se da testimonio de sí misma; y sólo Dios Padre podía dar á conocer su divino Hijo, así como sólo este Hijo divino podía revelarnos su divino Padre.

No bastaba, pues, dice á nuestro propósito San Cipriano, que Jesucristo hubiese sido anunciado privadamente Dios y Salvador del mundo á los pastores por el ángel, á los magos por la estrella, y á algunas personas piadosas por Simeón en el templo y en la casa de

Isabel, sino que ha debido recibir hoy de su eterno Padre, que hace oír su voz, ocultando su persona, ha debido recibir directamente de Dios mismo un testimonio más solemne, más auténtico y más glorioso de su divinidad. Así que, por esta voz inefable del Dios omnipotente, que por vez primera penetra en los oídos, y mucho más en el corazón de los hombres, se manifiesta al mundo sin enigmas, sin sombras ni figuras, la grande y nueva verdad de que *Jesucristo, hijo del hombre, es hijo verdadero, consubstancial y eterno de Dios*. Y ciertamente, añade San Ambrosio, este grupo de portentos con que, abriéndose á vista de todos el cielo, desciende sensiblemente el Espíritu Santo sobre Jesucristo, el Padre habla al Hijo y la voz divina revela al Verbo divino, no sucedió sólo para honor del Hijo de Dios hecho hombre, sino también para auxilio y fortaleza de nuestra fe. Reconozcamos, hermanos míos, la divina economía de Jesucristo, al someterse voluntariamente al bautismo de Juan, y aprendamos la admirable doctrina que nos revela: que se robustezca nuestra fe, confesando en Jesucristo aquel doble carácter, apareciendo en el Jordán humillado y cargado con nuestros pecados, y al propio tiempo objeto de las complacencias de Dios Padre. Confesión, hermanos míos, de la humanidad y divinidad de Jesucristo, que, siendo el fundamento de nuestra justificación, lo es también de nuestra eterna bienaventuranza. *Amén.*

## BAUTISMO DE JESUCRISTO

*Venit Jesus á Galilea in Jordanem ad Joannem et baptizaretur ab eo.  
Vino Jesús de la Galilea al Jordán á Juan para ser bautizado por él.*

(S. MATEO, c. 3, v. 19.)

Grande, inefable y tierno misterio el que en estos momentos recordamos, hermanos míos. En el mismo día, dice San Ambrosio, en

que la madre terrena, estrechando amorosamente en su seno á Jesús niño, lo predicó verdadero hombre; el Eterno Padre, treinta años después, dió un testimonio celestial de su divinidad, declarándolo verdadero Dios. En el mismo día en que María lo ofreció á la adoración de los magos, el Eterno Padre lo presentó á la adoración y al culto del universo.

Mas este misterio glorioso para Jesucristo, por el testimonio celestial que en él recibe, es precioso para nosotros, por el gran sacramento que en él se instituye. Esto es lo que vamos á considerar, viendo en el misterio del bautismo del Salvador, el origen, la institución y el espíritu de nuestro bautismo, á fin de que aprendamos á respetar en nosotros mismos este gran sacramento, el primero de los beneficios divinos y el más solemne de nuestros deberes, y de esa manera correspondamos á los prodigios de la bondad divina con la ofrenda del más tierno amor. *Ave María.*

Traasládemonos, hermanos míos, en espíritu al Jordán, y consideremos atentamente todo cuanto tiene lugar en aquel solemne acto de recibir Jesucristo el bautismo por ministerio de Juan. En primer lugar, Jesucristo lava en él con las aguas su cuerpo santísimo. Y ¿qué otra cosa es esta ablución, dice San Ambrosio, sino una consagración solemne y divina que hace hoy el Señor, del elemento del agua, para que sirva de materia á nuestro bautismo? Hoy el Señor santifica todas las aguas, las purifica y las eleva al uso nobilísimo de hacer la ablución espiritual de todos los pueblos, á quienes infunde la gracia. Oigamos también á San Agustín, que sobre el mismo propósito se expresa de este modo: «Lecemos en la Escritura que los judíos tuvieron varios bautismos durante la ley antigua; mas ninguno de estos bautismos pudo proporcionar una general y eficaz medicina contra la enfermedad del pecado. Y ¿qué fué lo que hizo el Señor? Al recibir en el Jordán el bautismo, consagró aquellas aguas para la reparación y remedio de todos los hombres. Y para que todos los hombres pudiesen participar del sacramento del bautismo, debiendo encontrarse este bautismo en todo el mundo, al descender el Salvador á las aguas del Jordán, por un rasgo de piedad, dió su bendición á las aguas de todo el mundo. ¡Oh prodigio de la omnipotencia y de la gracia! Las carnes divinas del Señor son bañadas por las aguas, y las aguas mismas quedan ennoblecidas y enriquecidas por ellas. Aquel divino cuerpo nada recibió de las aguas, y las aguas recibieron del divino cuerpo una virtud vital y divina. Parece, por lo mismo, que aquella afortunada agua se quedó admirada y confusa, cuando vió descender á ella su eterna Fuente, su mismo Criador.

En otro lugar dice el mismo santo doctor: «Admiremos la harmonía de los divinos misterios! El mismo Hombre-Dios, que se sumerge hoy en una agua pura, lo admiramos y lo creemos nacido de una Madre virgen. ¡Oh gloria de nuestra fe en el uno y en el otro milagro! María, después de haberlo parido, permanece virgen; y el agua afortunada, después de haberlo lavado, permanece santificada y limpia.

En segundo lugar, ¿qué es lo que vemos también en el Jordán? Vemos, dice San Fulgencio, manifestarse por primera vez al mundo el grande, el profundo, el elevado misterio de la Santísima Trinidad, y revelarse de tal modo, que los hombres pudiesen desde entonces conocerlo; porque el Padre se oyó en la voz, el Hijo se vió en la humanidad, y el Espíritu Santo apareció en figura de paloma.

Pero ¿por qué esta revelación divina se hizo en el bautismo de Jesucristo? Porque, como dice San Pedro Crisólogo, así como las tres divinas personas concurrieron á la obra de nuestra creación, así también todas tres debían concurrir hoy al acto de dignación, á la institución del sacramento que nos salva; y así como entonces dijeron entre sí: *formemos al hombre*, así ahora parece que dicen: *salvémosle*. Y, en efecto, San Máximo observa también que las tres personas divinas concurrieron á esta grande acción reparadora, porque mientras el Hijo, dejándose bautizar en el Jordán, emple el misterio, el Espíritu Santo santifica el Sacramento, y el Padre anuncia la verdad.

Observad también que esta manifestación sensible de la Trinidad sucedió en el mismo lugar en que las aguas del Jordán bañaron el cuerpo inmaculado del Salvador. Y de este modo se cumplió, como dicen los intérpretes, la grande institución del bautismo; porque al consentir el Señor que el agua tocase su carne divina, consagró el agua como materia del bautismo, y con la manifestación sensible de la Trinidad Santísima designó su forma. Es verdad que el Señor no habló entonces; mas habiéndose dejado lavar con el agua bajo la aparición de la Trinidad, si no con las palabras, al menos con las obras, instituyó entonces el sacramento del bautismo; porque las instituciones se hacen, no sólo con las palabras, sino también con las obras.

Entonces fué cuando la voz de Dios se dejó oír verdaderamente sobre las aguas, y les dió la virtud regeneradora de producir la pureza de la santificación, la virtud de la gracia y la magnificencia de la caridad. Y por esto también, como nota San Pedro Crisólogo, dice el Profeta con mucha razón: «La voz de Dios, *sobre*, y no *bajo*, las aguas, porque Jesucristo no sirvió ni se sometió á su bautismo, sino

que mandó en él, como manda ahora, con un imperio divino, é hizo de él un sacramento.

Mas para que nada faltase á esta magnífica institución, no sólo la materia y la forma, sino también el fin de ella fué indicado sensiblemente; porque el Espíritu Santo apareció en forma de paloma, simbolo de paz y de amor, la más blanca, la más inocente, la más sencilla, la más mansa y la más fecunda de todas las aves. Con esto se nos quiso dar á entender que el Espíritu Santo, que desciende á nosotros por el bautismo, nos reconcilia con Dios y nos hace amados de él, nos limpia el alma del pecado, nos vuelve puros y blancos con el candor de la inocencia, nos da el espíritu de la sencillez y de la mansedumbre cristiana, nos enriquece con el tesoro de la gracia, con el cual nos hacemos fecundos en méritos y en virtudes. Por esta razón la Iglesia y toda alma verdaderamente fiel es llamada en la Escritura la paloma amada de Dios, hermosa y bella, porque está escondida en las concavidades de la piedra, que es Jesucristo, ó sea en sus llagas amorosas, de donde mana la sangre, que la lava y la limpia en los sacramentos.

Pero mientras la paloma se posa sobre Jesucristo, el cielo se abre sobre su cabeza. Y con esto se nos ha querido dar á entender, dice San Agustin, el más grande y más precioso efecto del bautismo, á saber, aquel por el que el cielo, cerrado ya al hombre gentil, abre sus puertas al hombre que por medio del bautismo se hace cristiano, y lo constituye su candidato y su heredero. Santo Tomás añade igualmente que esta apertura del cielo, que acompañó á la institución del bautismo, significa que por el bautismo el hombre carnal y terreno se hace celestial y espiritual, y es llamado y conducido como por la mano á la posesión del cielo. El mismo Evangelista nota también que en el bautismo del Señor el cielo se abrió, no sólo sobre él, sino para él; para darnos á conocer, dice A. Lápide, que esta gracia que nos abre el cielo, no se obtiene sino por Jesucristo.

Finalmente, apenas se instituyó este sacramento, cuando comenzó su mismo Autor divino á administrarlo; porque es antigua tradición que en el mismo Jordán bautizó Jesucristo á su Santísima Madre, al mismo Bautista, y poco después á San Pedro, á Santiago, á San Juan y á los demás apóstoles; y consta del Evangelio que Jesucristo, después de haber recibido el bautismo, comenzó á bautizar, y que en su segunda ida á la Judea bautizaban sus apóstoles por él.

Y como el bautismo, según la idea que de él nos ha dado el mismo Jesucristo, es una nueva generación y un nacimiento nuevo, por eso en este día comenzó el nuevo Adán á regenerar á la vida los nue-

vos hombres, que el primer Adán habia regenerado á la muerte. Comenzó á formar una familia, una descendencia de santos, en oposición á Adán, que habia formado una descendencia de réprobos. Fué un profundo y admirable arcano, digno de la sabiduría de Dios, el de haber establecido, por medio del bautismo, una especie de generación espiritual, por la que se propaga la gracia de Jesucristo, como por medio de la generación carnal se propaga el pecado de Adán; por la que los mismos hombres que nacieron pecadores é hijos del demonio respecto al alma, renacen justos é hijos de Dios; finalmente, por la que en el mismo orden corporal, los que han nacido mortales y pasibles se hacen impassibles é inmortales.

Mas la grandeza, la magnificencia y la importancia de este misterio aparece más claramente aún en las luminosas figuras con que fué anunciado, las cuales tuvieron en él su cumplimiento, y que creo deber consignar aquí para que se vea cómo los dos Testamentos se dan testimonio recíprocamente; cómo el Antiguo fué, según San Pablo, una historia anticipada de los misterios del Nuevo, y cuán grande, sublime y estupenda es la economía de la religión cristiana.

Considerad en primer lugar, dice San Jerónimo, cuán antiguo y venerable es el misterio del bautismo, supuesto que el mismo Dios quiso figurarlo desde el principio del mundo. En efecto, está escrito en el *Genesis*, que sobre las primitivas aguas que cubrían la tierra, salida apenas de las manos del Criador, se paseaba el espíritu del Señor, no de una manera sensible, sino, según el profundo y delicado concepto de San Agustin, como el pensamiento y la voluntad del arquitecto se pasea sobre la obra de su entendimiento y de sus manos.

¡Cuán expresiva, cuán espléndida y cuán magnífica es esta figura! La tierra estaba desolada y estéril, y envuelta en profundas tinieblas; y sólo después que el Espíritu de Dios reposó sobre las aguas de la creación, fué cuando la tierra comenzó á vegetar y á producir plantas y animales. De la misma manera el mundo era un caos de delitos, se hallaba envuelto en las tinieblas de todos los errores y sólo después que el Espíritu Santo descendió á las aguas del bautismo, fué cuando éstas germinaron hijos de Dios, y plantas y frutos de todas las virtudes. La creación, pues, que tuvo principio en el Espíritu del Señor y en las aguas, fué la figura y la profecía de que del Espíritu Santo, unido á las aguas del bautismo, debía nacer la redención; porque, así como en el orden natural las aguas primitivas para nada eran buenas antes de que se uniese á ellas misteriosamente el Espíritu Santo; de la misma manera en el orden espiritual, dice San Ambro-

sio, no todas las aguas borran los pecados, sino aquella en que, por la simultánea aplicación de la forma, desciende el Espíritu Santo, y que es la que contiene la gracia de Jesucristo. Por esta razón ha dicho San Pablo, que la ablución del agua del bautismo recibe su eficacia para limpiar las almas, de la gran palabra de vida, que es la forma de que va acompañada.

Y ¿qué significan el diluvio, el arca de madera, el cuervo y la paloma? San Ambrosio nos explica el misterio que contienen y el sacramento que figuran. La paloma que en el diluvio se apresuró á volver para llevar el gozo y la paz al arca de Noé, fué la misma paloma profética que viene en el bautismo á consolar á la Iglesia de Jesucristo. San Máximo se explica en estos términos: «Las aguas homicidas en que pereció toda la carne, me representan las aguas vivificantes del bautismo, en las que quedan ahogados y destruidos todos los delitos. San Pedro Crisólogo ha reconocido también en la antigua paloma el mismo misterio. La paloma, dice, que en tiempo de Noé anunció que había cesado el exterminio del mundo, figuró la paloma que en el bautismo de Jesucristo apareció en el Jordán y anunció que había cesado ya el eterno naufragio. Con la diferencia, dice San Ambrosio, de que la paloma del diluvio anunció paz y seguridad con el ramo de oliva que llevó en el pico, y la paloma del Jordán nos promete una eternidad feliz con el signo de la divinidad que nos manifiesta. Y cómo es posible, dice San Gregorio Nacianceno, pensar en el arca que tiene elevadas sobre las aguas las personas que contiene, y las salva del universal naufragio, sin pensar en el cuerpo santísimo de Jesucristo, verdadera arca de salvación, que al salir del Jordán dejó sepultado en él al viejo Adán, y de las aguas sacó y elevó hacia el cielo el mundo, que había naufragado?»

De la misma manera el santo caudillo Moisés, que á la sombra de la nube milagrosa en que estaba escondido el Señor, con la vara de los prodigios en la mano, descendió á las aguas del Eritreo y abrió un camino enjuto y seguro al pueblo de Israel para llegar á la tierra prometida, fué la figura de Jesucristo, que bajo la nube desde la que habló su divino Padre, ofreciéndose á la cruz, desciende hoy á las aguas del Jordán, y por ellas abre al pueblo cristiano un camino fácil y seguro para el cielo. San Pablo ha dicho igualmente que en aquel milagroso pasaje la nube fué la forma, las aguas del mar la materia, y Moisés el ministro por quien fueron bautizados entonces los hebreos con un bautismo misterioso y profético, cuyo cumplimiento y cuya realidad es el bautismo instituido hoy por Jesucristo.

Josué, figura fiel de Jesús aun en el nombre, figuró igualmente el

misterio de que tratamos. En el arca del Testamento, colocada en medio del Jordán, y en las aguas que por una parte se retiraban hacia su nacimiento, y por la otra se precipitaban en el mar, dejando seco el lecho del río al pueblo hebreo, es imposible dejar de ver retratado por la mano de Dios el misterio de hoy, por el que á Jesucristo, con su santísimo cuerpo, verdadera arca del Testamento, que contiene, no las tablas de la ley, sino al mismo Legislador, en la orilla de este mismo Jordán, por medio del bautismo que en él instituye, divide el torrente de la iniquidad del mundo, perdonando á unos y condenando á otros, y abre el camino que conduce al pueblo cristiano á la Cananea celestial. Y con tanta más razón, cuanto que el bautismo de Jesucristo tuvo lugar, como hemos observado ya, no sólo en el mismo río, sino en el mismo sitio en que Josué obró el prodigio profético del prodigio, todavía mayor, que obró después Jesucristo.

Finalmente, en la historia de Naamán, rey de Siria, fué figurado y anunciado también el misterio del bautismo. Cuando aquel orgulloso gentil fué aconsejado por el profeta Eliseo que se lavase siete veces en el Jordán, y se vería limpio de la asquerosa lepra de que estaba cubierto, se creyó al pronto burlado por lo fútil de un remedio tal. ¿Pues qué, decía él, no son mejores para lavarse los ríos de la Siria? Necio, le dice San Ambrosio, el agua del Jordán nada tiene de común con la de los demás ríos. Ella es un agua misteriosa y profética, porque un día será santificada con el baño del Dios hecho hombre. Por consiguiente, no por una cualidad especial de las aguas del Jordán, sino por la virtud y por los méritos de este baño divino, que te serán aplicados anticipadamente, recobrarás tu salud. Al fin Naamán tuvo la suerte de consentir en lavarse en el Jordán, y quedando al momento sano y limpio de la lepra del cuerpo, comprendió y figuró desde entonces que no toda agua es buena para curar la lepra del alma, sino sólo la del Jordán; es decir, la del bautismo, instituido en el Jordán; y que el prodigio de borrar el pecado no lo produce el agua, sino la gracia que está unida á ella.

Pero ¿quién indujo al vano y soberbio Naamán á recibir el baño milagroso? Según el texto sagrado, fué la más joven de sus esclavas, dedicada al servicio de la consorte del Rey. Esta sabia doncella, dice San Ambrosio, fué una figura de la verdadera Iglesia, que, aun cuando sirva también al principio, y sujeta en el orden temporal á los monarcas idólatras, con su predicación y con sus consejos persuadió á sus mismos orgullosos señores y á sus pueblos supersticiosos y vanos para que escuchasen las palabras proféticas de Jesucristo, de que el que cree y se bautiza se salvará. Felices nosotros, que por los cui-

dados de esta tierna madre, la Iglesia, hemos recibido el baño saludable que ha destruido en nosotros la lepra del pecado, y nos ha regenerado á la verdadera salud, á la gracia y á la vida de Jesucristo; sobre lo que me quedan que hacer dos solas reflexiones.

Se refiere en el *Génesis* que, apiadado Dios del estado de confusión y de dolor en que cayeron nuestros primeros padres por causa de su desnudez, después del pecado, les formó unas túnicas de pieles de corderos, y con ellas los vistió el mismo piadoso Señor. Este rasgo de la divina misericordia, según la opinión de los padres, fué misterioso y profético. Con él quiso significar desde entonces el Señor que un día serían los hombres cubiertos, de la horrible desnudez de las almas, con las pieles del Cordero de Dios, con los méritos y con la gracia, fruto de la muerte y de la sangre de Jesucristo. Esta luminosa y espléndida profecía, dice San Pablo, se cumple en nosotros en el bautismo, porque por medio de este sacramento nos vestimos de Jesucristo. Y no sólo nos vestimos de sus privilegios y de sus gracias, sino también de su misma carne y de su misma sangre; y por consiguiente, nos hacemos carne de su carne y miembros de sus miembros. Por consiguiente, debemos tener el mayor cuidado en mantener puro nuestro cuerpo, santificado por una unión tan íntima con el cuerpo del Señor.

Por esta razón San Pablo se llena de santa indignación al pensar que un cristiano se abandone á la lascivia, y grita y fulmina su anatema contra esta indigna prostitución del carácter y de la santidad del Cristianismo, y á todo acto de impureza del cristiano lo llama una profanación sacrilega de los miembros mismos de Jesucristo.

En segundo lugar, por el bautismo, no sólo formamos parte del cuerpo de Jesucristo cada uno de nosotros, sino que todos los bautizados formamos, añade San Pablo, como un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Por consiguiente, la manera más propia de honrar en nosotros un misterio tan grande es, dice San Cipriano, mantenernos unidos con una unidad perfecta de amor, como estamos unidos en un mismo sacramento, y que siendo hijos de la misma Iglesia, conservemos cuidadosamente la armonía perfecta que reina entre los miembros de un mismo cuerpo. De este modo cumpliremos toda justicia, como Jesucristo nos lo dijo al recibir su bautismo y como nosotros también hemos prometido al recibir el nuestro, á fin de alcanzar algún día el premio eterno en la gloria. *Amén.*

## JESUCRISTO AMABLE POR EXCELENCIA

*Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.*  
Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

El conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, es la justicia consumada, el fundamento y la perfección de la sabiduría cristiana y la vida bienaventurada y eterna, según nos lo enseñan las Santas Escrituras. Pero por desgracia sucede entre nosotros, aquello mismo de que se quejaba San Pablo, hablando á los judíos recién convertidos: que debiendo ser maestros, según el tiempo, esto es, atendidas las proporciones que hemos tenido y tenemos en la Iglesia; debiendo ser maestros en el conocimiento de Jesucristo, nos hallamos en el principio de esta ciencia, que necesitamos nos enseñen sus primeros rudimentos, incapaces aun de oír hablar de los profundos arcanos de la plenitud, de la sabiduría y ciencia de Dios, que están encerrados en Jesucristo. Por eso, es necesario alimentarnos con leche de doctrina sencilla y fácil de comprender, mis amados hermanos; pero con leche racional y sólida, como lo hacía aquel Apóstol cuando decía á los corintios: Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado; así es, como siguiendo esta doctrina del Apóstol, vengo yo á predicaros del mismo asunto, para lo cual, me ofrece oportuna ocasión el Evangelio.

En él se nos refiere el bautismo de nuestro Señor Jesucristo en el Jordán, y cómo después del mismo, al subir de las aguas Jesús, se abrieron los cielos y vió al Espíritu Santo que descendía como paloma y que venía sobre él, y entonces se oyó una voz de los cielos que decía: *este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido.*

Un testimonio tan auténtico del Eterno Padre, dado con tanta majestad, me convida á que yo os hable también de este Hijo amado, objeto eterno de las complacencias de Dios Padre. Así es que, no os

lo presentaré, precisamente, bajo alguno de los muchos respectos que tiene con nosotros como Redentor, de Maestro, Padre, Salvador ó de otros: seguiré sólo esta misma cualidad con que nos lo presenta su Padre eterno, de amado. Y explicándoos el derecho de esta propiedad en Jesucristo, procuraré, bajo este aspecto, abrazar lo principal que debemos saber de nuestro Redentor, proponiéndole hoy como el amable por excelencia. Ayudadme, hermanos míos, á pedir la gracia por medio de la Virgen Santísima. *Ave María.*

Lo que hace amable sólidamente á un hombre no son sus prendas personales de belleza y gracejo, que ni simpatizan con todos los gustos, ni son estables ni permanentes; no las prendas de su entendimiento, que por lo común no interesan á los demás hombres; sino las cualidades buenas de su corazón, y no las accidentales y variables, sino las permanentes y duraderas, que forman lo que llamamos carácter amable ó bella índole de un sujeto. El carácter de Jesucristo consistía en la mansedumbre, en la humildad, en su amor á los hombres. Fué manso, humilde y sobremanera amante del género humano, y poseyó estas excelentes cualidades en grado tan eminente, que cuando las contemplan en él sus mismos enemigos, se ven como forzados á amarle, y á confesar que fué el hombre más digno del amor de sus semejantes. Veamos cada una de estas cualidades en Jesucristo.

Una de las cualidades que nos interesan más en un hombre, es que sepa disimular nuestras flaquezas, sobrellevar nuestras impertinencias y los disgustos que le ocasionamos con vuestras genialidades, perdonar los agravios que le hacemos; y cuando lo hace todo esto con dulzura acomodándose á nuestra debilidad, á nuestro genio, y atemperándose en cuanto le es dable á nuestro carácter, entonces cautiva sin recurso nuestra voluntad toda entera. Esta es la mansedumbre: cualidad que tuvo Jesús con sus discípulos, con los pecadores, con sus enemigos, en grado tan sublime que pudo proponerse á sí mismo como modelo el más perfecto de ella: *Discite á me quia mitis sum.*

¡Cuánta fué la mansedumbre de Jesús para con sus discípulos, hombres rudos, incrédulos, celosos de la más leve señal de preferencia, duros, tímidos unas veces, otras arrojados inoportunamente! Repitiéndose siempre una misma doctrina, cada vez la entendían peor; á pesar de los milagros que habían presenciado no podían comprender su divinidad; apenas daba á alguno la más leve señal de amor especial, cuando se ponían los demás en asechanza y manifes-

taban su emulación; prontos á tomar venganza de los agravios, y empeñados en conservar á su Maestro cierta aureola de grave autoridad por la que á ellos les resultaba; luego que su Maestro se veía en peligro, corrían á esconderse, ó si tratan de defenderlo, es para echarlo más á perder. Tales se pintan ellos mismos con candor inimitable en los Evangelios. Pero ¡cuánta es la mansedumbre de Jesús para con estos hombres! Felipe, ¿es posible que después de tanto tiempo como me tratáis, no me hayáis conocido todavía? Y si alguna vez como que se fatiga al ver su torpeza de entendimiento, al punto suaviza sus convenciones con caricias y favores dulcísimos, como lo hizo con los discípulos de Emaús. Llama á Tomás el incrédulo, le toma la mano, é introduciéndosela amorosísimamente en su costado, le dice sólo que crea por lo mismo que está palpando. ¡Cómo aquieta las quejas de envidia que solían suscitarse entre ellos! ¡Con qué suavidad y eficacia, poniéndose él en el último lugar para separarlos de sus pretensiones á los primeros! ¿Queréis vosotros pedir fuego del cielo para vengar los desprecios que se me hacen? les dice para contener su venganza. ¿No sabéis que mi espíritu es todo de caridad, y que no he venido á perder sino á salvar los hombres? Dejad esos parvulitos que se lleguen á mí; y los abraza y los besa y bendice, para persuadir á los apóstoles, que los apartaban, que no era su ministerio de vanidad y pompa, sino de llaneza y de amor. Busca resucitado á los mismos que en el huerto le abandonaron cobardes; y no los busca para zaherirles su pusilanimidad, sino para consolarlos amorosamente y dilatar su espíritu oprimido por la pasada tribulación. Pues ¡cuánto enamora aquel decir á Pedro, cuando la echaba de valiente: qué es lo que dices, Pedro? no cantará dos veces el gallo, sin que tú me hayas negado tres esta noche: y aquel sosegarlo en el huerto mandándole envainar el acero, y aquella divina mirada elocuente además, que tantas lágrimas hizo derramar al apóstol incauto?

Pero ¿qué iguala á la mansedumbre de Jesús con los pecadores? ¡Qué tiernas que son las parábolas con que nos explica, cómo los perdona y recibe por sus amigos! Llámase Pastor, que dejando noventa y nueve ovejas en su rebaño busca la extraviada, y condolido de su fatiga la pone en sus hombros y la reduce cariñoso al aprisco. Llámase Padre, que al hijo pródigo abandonado y envilecido, apenas trata de volver á su casa lleno de confusión y rubor, cuando le sale al encuentro solícito, le echa los brazos al cuello enternecido, lo abraza, lo... ¡Oh Jesús amable! ¡cuando pudo la tolerante y filantrópica filosofía de este siglo soñar siquiera en sus novelas una imagen más sencilla y sublime de humanidad! La mansedumbre de Jesús con los

pecadores correspondió siempre á lo que nos enseñaba en estas parábolas. ¡Con qué amor recibe á la Magdalena en casa de Simón! ¡Cómo la defiende de la maledicencia de aquel fariseo! Quiere más bien Jesús sufrir su crítica mordaz, que espantar á aquella penitente humillada apartándola de sí con una austeridad importuna. Le dirá que no le toque siquiera después de resucitado, cuando conozca ya María la mansedumbre de su Maestro, y no extrañe por consiguiente aquella amorosa repulsa; mas cuando viene cargada de delitos, llena de dolor y de confusión, no es tiempo sino de alentarla y dejar que desahogue su corazón conrito y humillado. Acordémonos del caso de la mujer adúltera, en que quisieron comprometer los escribas la mansedumbre invencible de Jesús, obligándolo á que pronunciase la condenación de aquella infeliz delincuente. Pero no habia venido Jesús á condenar á los hombres, sino á salvar á los pecadores, y para libertar á esta acusada, convencida ya de adulterio, manda que se lleve á efecto la pena de la ley, tirándole la primera piedra: aquel testigo que tuviese su conciencia libre del mismo ó de otros más graves delitos: recurso delicado y justo, que sin perjudicar á las leyes, dejó confusos á los acusadores, y en libertad á la cuitada, que esperaba el suplicio último por momentos, y volviéndose á ella le dice: «Mujer, nadie te ha condenado, ni yo tampoco te condenaré; vé en paz, y no vuelvas más á pecar.» Pendiente ya de la cruz y cercano á la muerte, en las aliciones de la agonía, apenas le invoca el ladrón, cuando le abre las puertas del Paraíso.

Mas por atroces que fueran las injurias que padeció Jesús de sus enemigos, todas las superó con su mansedumbre, manifestando siempre más dulzura cuando más se empeñaban en ofenderle. ¿Quién podrá comprender su mansedumbre con el traidor Judas y con los que le pusieron en el madero de la cruz? Cada vez que leemos con reflexión aquel: Amigo ¿á qué has venido? y aquellas otras palabras: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen; es menester ser fieras para no enternecerse, para no amar aquella mansedumbre divina. Habíamle crucificado ya, y apurando todos los medios de desespearle, se presentan delante de Jesús haciéndole visajes y muecas de burla, y desafiándole le decían: «si eres Hijo de Dios, suéltate de esos clavos, bájate de esa cruz donde te hemos puesto.» ¿Puede ponerse en conflicto más estrecho la mansedumbre de una criatura? Jesús, que podía llenarlos de confusión, hacer llover fuego del cielo, como hizo Eliseo con motivo mucho menor, levanta amoroso los ojos al cielo, y pide á su Padre perdón á aquellos infelices, que no saben lo que se están diciendo ni lo que hacen. ¡Oh Jesús mansísimo!

¡Con cuánta razón estaba escrito de vos que iriais al sacrificio como una ovejita, sin abrir vuestros labios, como el corderillo que no bala mientras le trasquilan! Tu mansedumbre admiró á todos tus enemigos; no pudo el infierno con desesperada rabia y furor inaudito inventar injurias y ofensas que tú no vencieses con tu mansedumbre infinita.

Esta mansedumbre bastaba para hacer amable á Jesús; pero no es esta sola la cualidad característica que lo hace acreedor á que le amemos: es también Jesús amable por su humildad. Que los hombres se hagan amables por la humildad, es cosa tan clara como manifiesta el trato del mundo, donde para darse á querer usan del artificio de encubrir su amor propio bajo el manto de una humildad fingida. Y si sólo unas apariencias de humildad captan la benevolencia de los incautos, ¡cuán amable será Jesús, el más humilde de todos los hombres, así exterior como interiormente!

Nace el Verbo del Padre de padres pobres en un establo, y es reclinado en un pesebre; huye á Egipto, y pasa después el resto de su vida en el obrador de José, sin parecer sino hijo de un carpintero que ayuda á su padre de oficial. Este silencio, esta humildad tan sencilla, tan natural que no parece humildad, en quien era la eterna sabiduría, es amable sobremanera. Porque si cuando vemos al mérito cubierto de modestia, acompañado de candor, puesto en situación ó estado inferior al que se le debe, pero contento en él, nuestro amor pasa como á admiración de la persona en quien hallamos reunidas todas estas circunstancias, ¿qué amor no concebiremos á Jesús viéndolo sencillamente ocupado en su taller, sin dar ni un indicio de lo que era, ni dar á entender tampoco que lo ocultaba? Que si pasamos al tiempo restante de su vida, veremos mayores y mayores portentos de humildad. Nunca tuvo en la tierra sitio que fuese suyo donde reclinar su cabeza; nunca buscó á los grandes y poderosos; sólo fué á sus casas llamado de ellos; siempre se acompañó con pobres pescadores y otras gentes ignorantes y despreciables á los ojos del mundo. Y todavía nos quieren hacer creer ciertos espíritus débiles de nuestros días, que la religión que fundó Jesús con sus discípulos fué un complot, una conspiración filosófica, un sistema simbólico de astronomía. No dijeron otro tanto los enemigos de su doctrina que le tenían á la vista; antes bien le daban en cara que, siendo un pobre oficial de carpintería, se metiese á maestro, sin haber estudiado ni aun en los colegios de los judíos. Pero, ¿qué hemos de hacer? ahora es moda impugnar el cristianismo por este rumbo, tenga ó no fundamento; ello es que alucina á muchos, y esto le basta al enemigo de

nuestra salvación. Después de haber dado Jesús otras mil pruebas de su humildad en el discurso de su predicación, las coronó todas en el cenáculo con aquella acción asombrosa que llenó de admiración á los ángeles, y de pavor y espanto á sus mismos discípulos. Hablo de la acción de lavarles los pies la víspera de su pasión sacrosanta, con aquellas benditas manos en las que el Padre había puesto todo el universo. Pasemos de aquí á su pasión; pero en ella veamos su humildad interior.

Para comprender la humildad interior de Jesús en su pasión, debemos contemplar de una parte que este Hombre-Dios era la inocencia, la justicia y la santidad misma, y de otra considerarlo cargado de todos los pecados de los hombres; hecho el oprobio y escoria de la plebe; maldito y execrable á los ojos de su pueblo; objeto de toda la ira y furor de un Dios ofendido. Tomar sobre sí las iniquidades de todos nosotros, y tomarlas tan á pechos y hacerlas suyas de tal manera, que á él sólo se le imputasen, y todas se castigasen en su persona, como si no hubiese otro pecador que él, es humildad incomprendible, que nunca puede ser amada y agradecida debidamente por nosotros. Para entenderla en algún modo, usaré de una comparación. Figuras que nuestro príncipe quisiese interceder á favor de unos delinquentes, y que para satisfacer á la majestad del rey ofendida tomase á su cargo pagar las penas merecidas por los delitos de ellos; para este efecto, con orden de su padre, se traslada al pueblo donde están los culpados presos, se presenta al juez, que en virtud de las órdenes del monarca da libertad á los reos, y pone en la cárcel al príncipe incógnito, á quien desde entonces se le imputan todos los delitos de los ya libertados, y por ellos se le sigue su causa, que sube hasta el trono; y el rey su padre pone una sentencia la más rigurosa y severa, pero la más justa que se podía esperar, la cual se ejecuta con el mayor rigor y encarnizamiento. Pues esto, que casi no podemos concebir posible, es una débil sombra de lo que por nosotros se abatió Jesucristo; y esto y mucho más quieren decir aquellas profundas palabras del apóstol San Pablo: Que el eterno Padre hizo víctima del pecado á aquel que no lo había conocido, á fin de que nosotros fuésemos justicia de Dios en el mismo Jesús; que es otro efecto de su humildad, que prueba también su amor inmenso á los hombres; porque como trasladó á sí los pecados de todos los hombres, al mismo modo trasladó á nosotros y puso en nuestras almas su inocencia, su justicia, su santidad. Nuestros pecados le volvieron tan horrosamente desfigurado, que al contemplarse á sí mismo comenzó á sudar sangre con mortal agonía; y en la cruz, al descargar su Padre

sobre el el último golpe, no pudiendo ya sufrir la fealdad de nuestras iniquidades, exclamó con indecible congoja, quejándose amorosamente á su Padre con aquellas palabras del salmo: Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado? mis pecados, mios, porque los he tomado á mi cargo, me apartan de la salud que podría esperar de vuestra misericordia. Palabras asombrosas que prueban hasta qué punto se humilló Jesús por nosotros en su pasión.

Pero, ¿queréis otras pruebas más sensibles del amor de Jesús á los hombres? Id repasando una por una todas, todas las acciones de su vida, empleada en hacer bien, y ellas nos manifestarán cuánto nos amó. Allí veréis su tierna compasión con los aligidos, su bondad incansable en remediar á los necesitados, en sanar á los enfermos, en aliviar todo género de males humanos. Mas para conocer el amor de Jesús á los hombres, compárenoslo, aunque rápidamente, con aquellos que se han llamado bienhechores del género humano. Yo soy, dice el mismo, el Pastor bueno: el buen pastor da su vida por sus ovejas; pero el mercenario, que no es el dueño ni pastor propio, ve al lobo venir y deja las ovejas y huye, y el lobo devora unas, dispersando todo el rebaño. Ved aquí la diferencia de Jesucristo á los demás hombres celebrados por su amor á sus semejantes. Ordinariamente se necesita poco para engañarnos; fácilmente nos alucinamos y corremos en pos de los que han tenido elocuencia y habilidad para persuadirnos de que nos harán felices; así lo prometían los sabios de la Grecia; así lo prometieron los tiranos y los conquistadores; así nos lo han prometido los señores filósofos de nuestros tiempos; pero ¡ay! ¡cuán terribles escarmentillos ha sufrido el género humano! ¡Ojalá con ellos se hubiera desengañado! ¡ojalá hubiera llegado á conocer que todos estos embaucadores son mercenarios, que sólo tratan de labrar el odioso trono de su grandeza sobre las ruinas de sus hermanos, de trasquilar y ordeñar el rebaño para utilizarse de las ovejas, sin cuidarse de la felicidad de las mismas: conducta, por cierto, totalmente contraria á la de Jesucristo, verdadero Pastor de nuestras almas, quien dió su vida, á fin de que sus ovejas tuviesen verdadera y eterna vida. Ved qué pruebas nos dió de su amor en los últimos días de su vida, cuando estando para separarse de nosotros corporalmente, se avivó hasta lo sumo aquel fuego que abrasaba su pecho: instituyó el sacramento adorable de su amor, para que le viviésemos siempre en nuestra compañía; prometió su Espíritu consolador, que nos había de fortalecer en su ausencia; consoló con palabras tiernísimas á sus apóstoles tristes, al verle próximo á su pasión; les aseguró les sería concedido cuanto pidiesen al Padre en su nombre; y como enajenado de

amor vuelve la palabra á su Padre y le pide que los haga á todos sus escogidos una misma cosa con él, á la manera que él con su Padre eran una misma cosa entre sí. ¡Con cuánto ardor deseaba el momento de comenzar á padecer por nosotros! ¡Con qué arte contuvo, en cuanto era posible, los alivios que su divinidad podía proporcionarle en su pasión! ¡Con qué estudio ocultó todo cuanto pudiera haber mitigado el insaciable furor de sus enemigos! ¡Cómo fué apurando uno por uno todos los modos de padecer, é hizo que juntos se empujasen unos á otros, sin dejarle un momento siquiera de desahogo; amigos y enemigos, propios y extraños le niegan, le venden, le acusan, le burlan y le condenan. Su sabiduría es tratada de locura, su santidad de hipocresía, su doctrina de seducción, sus beneficios de engaños. Prisión cruelísima, atroces hofetadas y hurlas, azotes, corona de espinas, y sobre todo, desnudez vergonzosa y muerte de cruz, donde desgarrados los pies y las manos, desollado y ensangrentado todo su cuerpo, rotos sus delicados nervios; en medio de las más dolorosas convulsiones, dice que aun quiere padecer más por nuestro amor: amor incomprensible; ¡cuándo te conoceremos nosotros, para corresponderte á la manera que nos sea dable! Ni penséis que resucitado Jesús ame menos á los hombres que antes, ni que el nuevo estado de gloria haya entibiado su fina amistad. Él trata á sus apóstoles tan familiarmente como cuando vivía en carne mortal; come y bebe con ellos, les fortalece, les enseña, y al subir á los cielos se despide diciéndoles: «subo á mi Padre y al vuestro, á mi Dios y á vuestro Dios;» con lo que les asegura que son sus hermanos, que los reconoce y reconocerá como tales, todos hijos de un mismo Padre, hijos todos de un mismo Dios.

Tales y tan amables prendas formaron el carácter de Jesucristo, el carácter más amable que puede idear el entendimiento humano; y por lo tanto Jesús es el objeto más digno de todo nuestro amor. Sea, hermanos míos, el amor divino el que nos una con Cristo en esta vida para estar unidos con él algún día eternamente en la gloria. *Amén.*

## JESUCRISTO AMABLE POR EXCELENCIA

*Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.*  
Este es mi hijo el amado, en quien me he complacido.

(S. MATEO, c. 3, v. 17.)

Naturalmente ama el corazón humano, hermanos míos, lo que le causa placer y deleite: esto vemos hasta en los animales, á los cuales se lleva adonde se quiere con el atractivo del placer. Si muestras un ramo verde á una ovejita se viene tras de tí, dice San Agustín; si enseñas al niño en tu mano el dulce, corre presuroso á tus brazos; en una palabra, cuanto halaga nuestros sentidos deleitándonos, mueve dulcemente hacia sí nuestra voluntad. Y qué ¡por ventura el Autor de nuestra naturaleza habrá así ofrecido tantos placeres á los sentidos, para que guiasen al hombre en su conservación material y para su recreo, y no habrá reservado al alma, substancia superior al cuerpo, placeres de otra clase más alta, que le enseñen y conduzcan sin hacerla violencia hacia su verdadera felicidad? No vemos la verdad, la justicia, la bienaventuranza, la vida eterna; pero ¿hay hombre que no corra en pos de ellas, y no digo en pos de ellas, sino aun en pos de la sombra ó apariencia de cualquiera de ellas? Ni hay hombre que no las ame, ni hay cosas que más amen todos los hombres. Ni hay otro que reúna en sí tan amables prendas, y que sea la fuente, digámoslo así, y el manantial siempre puro y abundante de donde puedan correr hacia nosotros, sino Jesucristo. Es pues Jesucristo la cosa más amable: lo primero, por lo que es en sí; y lo segundo, por lo que es para nosotros.

Esta es la idea que vengo á exponeros. *Ave María.*

Aunque sea cosa la más alta y sublime, hermanos míos, el conocer lo que es Jesucristo, todavía podemos apreciar algo de su belleza por la hermosura de estas cosas sensibles. Jesucristo es el principio de